



# PHICARIA

V ENCUENTROS INTERNACIONALES DEL MEDITERRÁNEO

CONVIENDO CON LA ARQUEOLOGÍA:

LAS CAPITALES DE LAS GRANDES POTENCIAS

MEDITERRÁNEAS EN LA ANTIGÜEDAD,

UNA MIRADA ALTERNATIVA.



PHICARIA

## PHICARIA

V Encuentros Internacionales del Mediterráneo.  
Conviviendo con la Arqueología: las capitales de  
las grandes potencias mediterráneas en la antigüedad,  
una mirada alternativa.

© de los textos y las imágenes:  
Sus autores.

© de esta edición:  
Universidad Popular de Mazarrón.  
Concejalía de Cultura.

COORDINACIÓN EDITORIAL  
José María López Ballesta.

EDICIÓN CIENTÍFICA  
María Milagros Ros Sala.

PORTADA  
Muher.

IMPRIME  
I.G. Novoarte, S.L.

ISBN: 978-84-617-9043-2

Depósito Legal: MU-221-2017

Impreso en España / Printed in Spain

## ÍNDICE

ARQUEOLOGÍA EN CARTAGO: UN SIGLO DE VIVENCIAS Y CONVIVENCIAS DEL PROTECTORADO A LA PRIMAVERA ÁRABE. Fernando Prados Martínez .....	17
EL MAUSOLEO DE AUGUSTO: UN FRAGMENTO DE HISTORIA DE ROMA. María Margarita Segarra Lagunes .....	31
LUXOR. ANTIGÜEDADES, TURISMO Y ARQUEÓLOGOS COMO VECTORES DE LA TRANSFORMACIÓN URBANA DURANTE DOS SIGLOS. Miguel Ángel Molinero Polo .....	57
GADIR / GADES / CÁDIZ MUCHAS NOVEDADES PENDIENTES DE UNA INTERPRETACIÓN GLOBAL. Lorenzo Abad Casal y Ramón Corzo Sánchez.....	87
<i>EMPORION/EMPORIAE</i> . UNA ANTIGUA CIUDAD PORTUARIA EN EL EXTREMO OCCIDENTAL DEL MEDITERRÁNEO. Xavier Aquilué .....	105
CARTAGENA, DE LA INDIFERENCIA AL ENTUSIASMO POR LA RECUPERACIÓN PATRIMONIAL. Sebastián F. Ramallo Asensio .....	123
CONVIVENCIA Y ARQUEOLOGÍA EN MEDIO URBANO: PROBLEMAS EN TORNO AL RESPETO DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO. EL CASO DE CARTAGENA. Gonzalo Castillo Alcántara y Benjamín Cutillas Victoria .....	165
LOS REFUGIOS ANTIAÉREOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: ARQUEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA COMO UN PATRIMONIO MÁS DE LAS CIUDADES. Benjamín Cutillas Victoria y María del Mar Ortega Gómez .....	189
OXIRRINCO: DE LA CIUDAD DEL FARAÓN PSAMÉTICO A LA ACTUAL. José Javier Martínez García .....	203

**ARQUEOLOGÍA EN CARTAGO DEL PROTECTORADO A LA  
PRIMAVERA ÁRABE.  
UN SIGLO DE VIVENCIAS Y CONVIVENCIAS**

---

FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ

# ARQUEOLOGÍA EN CARTAGO DEL PROTECTORADO A LA PRIMAVERA ÁRABE. UN SIGLO DE VIVENCIAS Y CONVIVENCIAS

FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ

## Introducción: la primera Cartago

La célebre exhortación *¡Carthago delenda est!* con la que Catón cerraba sus alocuciones ante el senado romano (Plutarco, Catón, 27) ponía el punto y final a más de tres siglos de hegemonía en el Mediterráneo. En la primavera del año 146 a.C. una emergente Roma no podía permitir mantener a su rival en pie, dispuesta a renacer de nuevo. La destrucción de la ciudad norteafricana no pudo ocultar un pasado esplendoroso y su protagonismo, primero como colonia fenicia y después, como gran metrópolis africana (Fig.1).

Sabemos que con anterioridad a la guerra de Troya los fenicios surcaron el Mediterráneo para tratar de cubrir las necesidades impuestas por la áspera geografía de su país de origen. Bajo la amenaza del imperio asirio, los fenicios ocupaban un angosto territorio que discurría entre la cordillera del Líbano, que alcanza los 3000 m de altura, y el mar. Desde finales del II milenio a.C. la marina fenicia frecuentó las islas y las costas mediterráneas, con un amplio conocimiento de las técnicas de navegación, de los fondeaderos y de los puntos de aguada necesarios para sus flotas.



Figura 1. Vista aérea del sitio de Cartago. 1. Acrópolis de Byrsa. 2. Mezquita Málik ibn Anas junto al teatro y el odeón. 3. Área de los puertos y el tofet.

El conocimiento de las rutas marítimas se vio enriquecido por el contacto y el comercio con los distintos pueblos de las riberas mediterráneas. Desde el punto de vista histórico y refrendado en buena parte por el mito, el origen de Cartago se explica por un complejo y largo proceso que tiene su origen en las circunstancias que padecían las ciudades fenicias a lo largo del siglo IX a.C. Si Cartago ya existió a principios del siglo VIII a.C. como ciudad, quizás debió tener una fase pre-urbana ligeramente anterior, que podría explicar el uso del término “nueva ciudad” o *Qart Hadasht* para la fundación fenicia, frente a un poblado anterior de carácter indígena. Es posible que ese poblado de cabañas sea el mismo que describió el poeta latino Virgilio, cuando aludía a que el héroe troiano, hijo de Anquises y Afrodita, había sido testigo de la construcción de Cartago: “...admira esta obra, Eneas, hasta no hace mucho constituida por simples chozas”.

La mítica fundadora de Cartago, Dido, era hija del rey Matan de Tiro y hermana de Pigmalión. Tras la muerte del padre los hermanos se disputaron la sucesión al trono. Dido, quizás por intereses hereditarios, contrajo matrimonio con su tío paterno Acerbas, que era un sacerdote muy poderoso. Pigmalión, preocupado por ello, asesinó a Acerbas y persiguió a su hermana hasta que huyó hacia las costas africanas. Allí adquirió a un régulo local el terreno que abarcaba una piel de buey extendida para fundar una nueva ciudad. Sabemos que la astuta princesa fenicia cortó en tiras la piel para obtener la superficie necesaria. Este rey llamado Hiarbas, ingeniosamente engañado, quedó prendado de la belleza e inteligencia de la princesa y quiso tomarla como esposa. Dido no accedió y ante la amenaza, decidió inmolarsse arrojándose a una pira, para salvar así a los que le habían acompañado en la huida desde Tiro. Sobre la fecha mítica de fundación existen diferentes tradiciones siendo la más verosímil la aportada por Flavio Josefo, que la sitúa a finales del siglo IX a.C. Josefo transmite la noticia de que Cartago fue fundada en el séptimo año del reinado de Pigmalión (incluido en la lista de reyes de Tiro). Esta mención, además, es sincrónica con la que se lee en una inscripción de Salmanasar III de Asiria que ubica la fundación de Cartago entre los años 825 y 820 a.C. Timeo, por su parte, la señala 38 años antes de la primera olimpiada (814 a.C.).

El relato mítico de fundación presenta muchas evidencias que pueden comprobarse tales como el natural traslado de colonos desde las urbes fenicias para asentarse en las fundaciones de ultramar, con la intención primera de huir de la tensa situación existente en Fenicia, y con el deseo natural y legítimo de prosperar, propio de cualquier grupo de emigrantes. La multiplicación de la población en las nuevas fundaciones, sumada a la llegada de contingentes de nativos que vieron en la creciente urbe un excelente escaparate y un magnífico mercado donde dar salida a sus productos y a su arte-

sanía, debió de conllevar un progresivo aumento de riqueza (Prados 2015).

Tanto su posición geográfica como los beneficios obtenidos por el desarrollo del comercio, hicieron que Cartago estableciese, en pocas décadas, un liderazgo sobre el resto de las colonias fenicias del Mediterráneo central. La nueva posición de Cartago liderando asociaciones y sellando tratados, sumado a su potente flota militar, fue una de las causas directas de la configuración del denominado imperialismo cartaginés y de la creciente rivalidad con Roma. Justino (XVIII, 8, ss.) describe cómo “...atraídos por la esperanza de ganancias, los habitantes de los lugares cercanos acudieron en tropel para vender sus géneros a estos nuevos huéspedes, estableciéndose junto a ellos, y su número creciente daba a la colina el aspecto de ciudad”.

El modelo colonial fenicio triunfó en Cartago súbitamente porque pronto fueron integrados, en un proceso de mestizaje cultural, colonos e indígenas, que compartieron desde el origen los mismos espacios urbanos y quizás también, en un par de generaciones, los religiosos y funerarios. Esa integración aseguró el control sobre el territorio circundante, clave para su posterior desarrollo. Ciudad y territorio se retroalimentaron para el bien común y todo ello fue, sin duda, reflejo del carácter abierto de unos ciudadanos que asumieron desde el origen que en el mestizaje radicaba su principal riqueza.

La documentación que hoy manejamos evidencia que la fecha mítica de fundación referida en los textos clásicos queda prácticamente confirmada por las investigaciones arqueológicas, a falta de poder afinar un poco más, hecho que quedará resuelto en breve. Lo que parece incuestionable es que Cartago respondió a un proceso de expansión colonial, en el que los fenicios de Tiro establecieron intencionadamente una *Qart-Hadasht* (nueva ciudad o colonia) similar a otras, pero en suelo africano, en un lugar muy propicio, que debía de ser conocido de antemano por otros fenicios asentados en la zona. El asentamiento inicial tuvo carácter estable, según se aprecia en la naturaleza de las construcciones, y pronto se integró en las redes de comercio a media y larga distancia que unían oriente y occidente por el Mediterráneo a través de las rutas de navegación. Las dataciones de C14 obtenidas recientemente de los niveles fundacionales de Cartago ofrecen fechas del 825-800 a.C. Los avances en las nuevas técnicas de datación absoluta, por tanto, están muy cerca de confirmar la fecha mítica de la fundación, lo que no deja de ser una estupenda noticia científica y literaria.

Cartago entre los siglos V y III a.C., desde la caída de Tiro, conoció una etapa de esplendor extensa y reprodujo un modelo republicano con una constitución tan avanzada que llegó a ser alabada incluso por el propio Aristóteles en su *Po-*

*lítica*. Su senado evitó siempre que fue posible el auge de figuras individuales, y llegó a configurar un vasto imperio comercial que se extendió más allá de las columnas de Hércules. La ciudad sería destruida por Roma en el 146 a.C., tras un largo asedio que pondría el punto y final a las guerras púnicas. En el año 46 a.C. Julio César visitó el solar de la vieja ciudad rival y decidió refundarla, aunque no sería hasta el año 29 a.C. cuando Octavio erigió la *Colonia Iulia Concordia Carthago*, que se convirtió en la capital de la provincia africana, una de las mayores productoras de cereales de todo el Mediterráneo. Cartago llegó a ser la segunda ciudad en importancia del imperio romano con 400.000 habitantes. Desde el siglo III d.C. y gracias entre otras cosas a su importante puerto, convertido en un crisol de culturas, sería uno de los principales focos de dispersión del cristianismo. En el año 425 los vándalos la convirtieron en la capital de su nuevo reino, viviendo entonces otra época de auge económico y cultural. La ciudad sería reconquistada por el general bizantino Belisario en el 534, y así se mantuvo hasta la conquista árabe, concluida a principios del siglo VIII. De todas estas épocas quedan vestigios con los que la sociedad actual convive orgullosamente, pues forman parte de su paisaje urbano y evocan un pasado cargado de grandiosidad. Veamos ahora cómo ha sido y esta convivencia a partir de una serie de vivencias que han configurado la *post-historia* de la mítica *madre mediterránea*.

### Las primeras (con)vivencias. Cartago como destino romántico

“Du sommet de *Byrsa* l’œil embrasse les ruines de Carthage, qui sont plus nombreuses qu’on ne le pense généralement : elles ressemblent à celles de Sparte, n’ayant rien de bien conservé, mais occupant un espace considérable. Je les vis au mois de février ; les figuiers, les oliviers et les caroubiers donnaient déjà leurs premières feuilles ; de grandes angéliques et des acanthes formaient des touffes de verdure parmi les débris de marbre de toutes couleurs. Au loin je promenais mes regards sur l’isthme, sur une double mer, sur des îles lointaines, sur une campagne riante, sur des lacs bleuâtres, sur des montagnes azurées ; je découvrais des forêts, des vaisseaux, des aqueducs, des villages maures, des ermitages mahométans, des minarets et les maisons blanches de Tunis”

Chateaubriand,  
*Itinéraire de Paris à Jérusalem*, 1811

Este texto del vizconde de Chateaubriand (1768-1848) puede servir para ejemplarizar las corrientes orientistas que

entroncaban directamente con el movimiento romántico de los primeros años del siglo XIX (Berchet 2006). Mientras las campañas napoleónicas se centraban en extraer antigüedades en Egipto, personajes como Chateaubriand, gran conocedor de países africanos y asiáticos, se atribuían el honor de haber descubierto la ubicación de los puertos de Cartago (Vittorini 2011), sede de la gran flota que puso en jaque a Roma. Y es que las élites cultas europeas desarrollaron fuertes “deseos” de evasión, y el viaje por el norte de África, junto al que se realizaba por el sur de España, se convirtió en uno de los destinos preferidos. También el interés que muchos eruditos mostraron por Cartago, urbe maldita y derrotada, con todo el halo oculto que la rodeó, tuvo mucha culpa. En el ideal de los primeros personajes que desde el siglo XVII iniciaron el viaje a *Barbaria* (nombre romántico que alude al norte de África en su conjunto) estuvo siempre el interés de recuperar Cartago con toda su fuerza y su originalidad, como cultura mixta ubicada entre Oriente y Occidente, que jamás ocultó su tradición norteafricana. Estos pioneros quedaban impresionados de la majestuosidad de los vestigios que se veían íntegros en Túnez, aunque todos ellos, sobre todo aquellos particularmente monumentales, pertenecían a la época romana.

La figura de Gustave Flaubert (1821-1880), el celebradísimo autor de *Madame Bovary*, es una de las más destacadas. Quien fuese precursor de la novela realista viajó por el norte de África especialmente fascinado con todo lo relacionado con la mítica Cartago, seguramente tras leer a Chateaubriand. En los viajes que desde 1858 realizó Flaubert a Túnez quedó impresionado por los restos que contempló. Ello, sin lugar a dudas, provocó la confección de una de sus más celebradas novelas: *Salammbô* (1862). La obra supuso una magnífica, imaginativa e ilustrada evocación de la vida cartaginesa, y quedó incluida dentro de la corriente orientalista por los especialistas (Daguerre 1995, 129). Aunque no obtuvo gran aceptación en un primer momento, despertó en los ambientes cultos europeos un especial interés por la historia de Cartago que desembocaría, algo después, en la recuperación de su trama para la ópera, el arte, e incluso el cine de principios del siglo XX (Fumadó 2010, 10).

Con anterioridad al protectorado francés, y quizá influidos por esta moda eminentemente literaria, se realizaron los primeros trabajos arqueológicos. El pionero como tal fue desarrollado en 1833 por el cónsul general de Dinamarca C.T. Falbe, que realizó el primer mapa topográfico de la ciudad antigua (Falbe 1833). Para este trabajo ubicó más de un centenar de puntos de interés en un mapa, con ayuda de los militares. Así se fueron sucediendo los primeros intentos de sistematizar el conocimiento y de dotar de cierta verosimilitud a todo lo apuntado por las fuentes literarias clásicas y por la emergente ciencia histórica, que se encontraba aún en una fase especulativa.

Desde este primer trabajo puramente científico, las iniciativas sobre el conocimiento de la ciudad de Cartago se multiplicaron al mismo tiempo que el interés de los más pudientes. Poco después, en 1835, se desarrolló sobre Cartago el segundo de los trabajos arqueológicos conocidos, de nuevo topográfico y a cargo del francés Dureau de la Malle. Sabemos que estas dos primeras actuaciones que conllevaron reconocimientos exhaustivos del terreno fueron manejadas por Flaubert ya en la década de 1850. En 1837 se organizó la *Sociedad para la Exploración de Cartago*, con el cónsul Falbe como uno de sus miembros más destacados. Entre los estatutos de esta sociedad se incluían una serie de puntos, justificables en su momento, que permitían vender objetos procedentes de la excavación a particulares o a museos extranjeros. Con ello se podía conseguir financiación para seguir excavando y dejar visibles los restos.

Tras Falbe y Dureau, el pastor anglicano Nathan Davis exploró el litoral de Cartago, y apoyándose en los estatutos de la *Sociedad*, se dedicó a enriquecer los fondos del British Museum con mosaicos romanos y con otros muchos objetos provenientes de sus excavaciones. Este *arqueólogo* y explorador inglés, íntimo amigo de Flaubert, se centró en la parte baja de la ciudad y publicó los resultados de sus investigaciones en la prensa londinense desde 1857 (Davis 1861). Los pequeños artículos periodísticos que hoy podemos rastrear en el *The Illustrated London News* y los grabados que los acompañaban, son una fuente de primera mano para el conocimiento de estas fases incipientes de la arqueología de Cartago.

Otro de los pioneros fue Charles Ernest Beulé (1826-1874). Este miembro del Instituto Francés y de la Escuela Francesa de Atenas que llegó a ser ministro del interior en 1873, comenzó sus trabajos en 1859 tras haber leído a Flaubert y por lo tanto, tras ser atraído por lo sugestivo y fascinante de la mítica metrópolis africana. Tanta fue la impresión que la novela de su compatriota le causó, que se empleó a fondo para localizar los restos del palacio de Dido, que incluso llegó a situar sobre un dibujo en la plataforma superior de la colina de *Byrsa* (Beulé 1861). Para la historiografía francesa, Beulé fue el primer arqueólogo verdaderamente científico que trabajó en Túnez (Lancel 1994) y quedó apenas a unos metros de realizar el primer gran hallazgo de materiales de época prerromana de la ciudad. La gloria sería para E. de Sainte Marie, un funcionario del consulado francés de escasa formación arqueológica pero con más suerte, que logró exhumar más de dos mil estelas pertenecientes al *tofet*. La mayoría de estas piezas se perdieron en la explosión del buque “Magenta” acaecida frente a la costa de Toulon el 31 de octubre de 1875, cuando viajaban a Francia para ser expuestas en el museo del Louvre de París.

### **Conviviendo con un protectorado. Una arqueología colonial**

Ya hemos visto cómo las misiones napoleónicas y la colonización británica de Egipto o la presencia en Grecia y en el próximo oriente de las potencias coloniales habían llenado de piezas significativas los museos nacionales de sus principales capitales. Al mismo tiempo, se iban sucediendo las publicaciones de misiones arqueológicas que abrían al público del viejo continente nuevos horizontes del conocimiento sobre las grandes civilizaciones del pasado. De igual forma, la lectura de los cuadernos de viaje de los exploradores y militares, y los diarios de los misioneros cristianos que intentaron evangelizar el Magreb, provocaron en la Europa culta un interés creciente en el redescubrimiento de Cartago, volcado tanto en sus fases prerromanas como en la búsqueda de los orígenes del cristianismo en occidente.

Los desastres de la gestión de los gobernadores otomanos en Túnez (llamados *Beys*) a lo largo del siglo XIX habían desembocado en la bancarrota de 1869. La dominación otomana había decaído y la importancia estratégica del país despertó la codicia de las potencias europeas, sobre todo de Francia y de Italia, que ya habían comenzado a desplegar sus políticas coloniales en el norte de África. Francia contaba con más apoyos internacionales y sus acuerdos con el Reino Unido, cediendo el control del canal de Suez, provocaron que en el congreso de Berlín de 1878, –tanto el Reino Unido como Alemania–, permitiesen a Francia anexionarse Túnez frente a los deseos de Italia. Así, el 12 de mayo de 1881 se hizo efectivo el Protectorado francés, no sin ciertas revueltas de algunas regiones tunecinas que fueron sofocadas violentamente.

Francia, bajo esta figura jurídica internacional, se reservaba su derecho a intervenir en política exterior, defensa y en los asuntos internos de Túnez. Se nombraron altos funcionarios franceses y gobernadores en todas las regiones. Junto a estas prerrogativas, Francia inició la explotación colonial del país, tanto de sus recursos, como de sus antigüedades. Pese a ello se alcanzaron ciertos progresos en materia económica, basados en la expansión de los monocultivos de cereales y olivo, y en la minería de hierro. También se construyó la que sería primera red ferroviaria y de carreteras. En paralelo, las mejoras sociales fueron evidentes, sobre todo en materia de educación, con el establecimiento de un sistema formativo bilingüe árabe y francés. Junto a todo ello, el desconocimiento y escasa valoración de los restos arqueológicos del país por parte de los nativos facilitó sobremanera que fuesen esquilados, explotados y controlados por la nueva elite colonial (Fig. 2).

Desde finales del siglo XIX el interés arqueológico en la ciudad de Cartago ya no sólo provenía de las autoridades eu-



Figura 2. La presencia europea en Cartago se hace patente en esta imagen del London Illustrated News que muestra la visita de turistas a la acrópolis de Byrsa, tal y como reza el pie.

ropeas, sino también de las tunecinas personificadas en la figura del propio *Bey*, lo que sin duda facilitó la realización de grandes empresas arqueológicas para la recuperación del mayor número posible de restos. La pérdida de independencia y el control europeo trajo consigo la llegada de estudiosos y eruditos desde Francia, además de la creación de una reglamentación legal sobre las excavaciones y la conservación de antigüedades en gran medida copia de las que se empezaban a redactar para los conjuntos histórico-artísticos europeos. El protectorado conllevó, además, diversas campañas de alfabetización con un trasfondo claramente evangelizador por parte de algunas congregaciones cristianas, caso de los *Pères Blancs*, llegados desde Francia.

También el interés que el fundador de esta orden y arzobispo de Argel, Charles Martial Lavigerie (1825-1892) puso en las antigüedades cartaginesas supuso un gran desarrollo de las intervenciones (Lavigerie 1881). La misión de los *Pères Blancs* en Túnez (Prados 2000) consistía inicialmente en escolarizar a los jóvenes, aunque destacaron en la realización de diversos estudios de carácter científico, fundamen-

talmente geográficos y etnográficos, participando en diversas exploraciones del África subsahariana. Igualmente les interesó la arqueología, en principio centrada en las excavaciones de los grandes centros cristianos primitivos del norte de África entre los que se encontraba Cartago. Los *Pères Blancs* excavaron la gran basílica cristiana, bajo la dirección de A.L. Delattre. El reverendo Delattre (1850-1932) llegó como misionero al norte de África en 1875 y fue conservador del Museo Arqueológico de Alger y fundador del Museo Lavigerie de Saint Louis, germen, como veremos, del posterior Museo Nacional de Cartago (Ennabli 1998). Conjuntamente, el inicio del protectorado galo en el país norteafricano provocó un mayor control sobre los restos arqueológicos, que tuvo como mayor exponente la formación de un *Servicio de Antigüedades*. Esto no impedía que desde el museo se vendiesen las piezas que estaban repetidas a los ricos turistas europeos (Beschaouch 1993, 44).

Bajo el protectorado los trabajos de Delattre se extendieron a lo largo de más de cincuenta años y se centraron fundamentalmente en las necrópolis, debido a que eran las que

ofertaban unos materiales más ricos y vistosos para la creciente colección del Museo (Delattre 1890). Delattre y todo su equipo fueron artífices de numerosas publicaciones arqueológicas y epigráficas que vieron la luz en la colección “Publications des Pères Blancs” (Delattre 1895 y 1905). Las publicaciones de estos folletos, de entre 10 y 50 páginas, constaban de magníficas ilustraciones y excelentes fotografías. Todos ellos se incluyeron en una serie editada por el Museo Lavigerie de Saint-Louis de Carthage desde 1897 (Delattre 1906) que aún se puede localizar en bibliotecas públicas francesas y tunecinas.

Pero Delattre también es conocido como introductor del método de excavación llamado *Decauville*, (nombre del fabricante de vagonetas y máquinas ferroviarias) propio de las minas del norte de Francia, que consistía en el vaciado continuo de los sepulcros practicando cortes verticales para llenar vagonetas. Los raíles de vía estrecha desmontables alcanzaban con facilidad la puerta de las cámaras funerarias (Fig. 3). Las vagonetas Decauville eran volcadas después para cribar toda la arena, en unas labores más propias de buscadores de tesoros que de arqueólogos. Evidentemente ante estos métodos, era imposible contemplar una sucesión de deposiciones estratigráficas, por lo que la pérdida de datos era ingente. Ésta es la razón por la que buena parte de los arqueólogos posteriores despreciaron la labor de Delattre (Cintas 1950).

Ciertamente, entre 1899 y 1901 fueron vaciadas más de 1.300 tumbas con la motivación en la búsqueda de objetos de valor más que con un interés científico. El enorme ritmo de excavaciones que se llevaron a cabo entre los años 1878 y 1903 se debió principalmente a la actuación de dos equipos: el dirigido por Delattre y el del *Servicio de Antigüedades*.

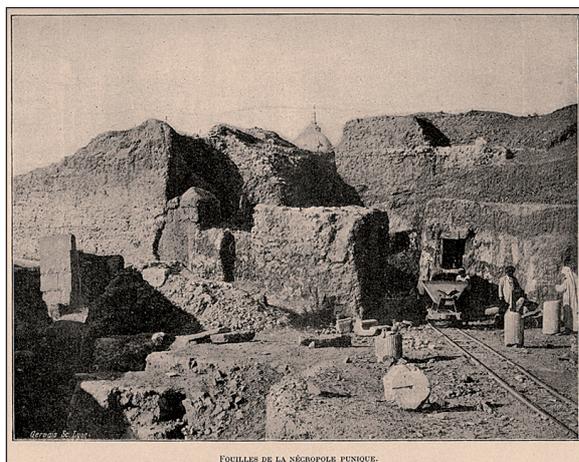


Figura 3. Excavaciones de los Pères Blancs en la necrópolis. Se aprecian las vagonetas “Decauville”.

Ambos trabajaron con gran precipitación como si compitiessen por la obtención de objetos cada vez de más valor. Desde 1899, P. Gauckler, el segundo director del *Servicio*, tomó parte en numerosas excavaciones en Dermech, junto a las Termas de Antonino, donde se realizaron diversas trincheras paralelas al litoral que sacaron a la luz numerosos restos de época romana, vándala y bizantina.

La gran rapidez con la que se acometieron estas excavaciones resulta llamativa. Los propietarios de los terrenos eran particulares que los alquilaban anualmente y, por esta razón, como no había mucho tiempo ni demasiada financiación, todo se basaba en un trabajo puramente mecánico, prácticamente en cadena, tal y como se puede observar en las anotaciones de los diarios de excavación conservados. Por citar un ejemplo, se conoce que en el año 1900, P. Gauckler, cuyo interés se centró únicamente en las necrópolis, llevaba un ritmo de excavación de una tumba al día, e incluso en alguna jornada se llegaron a exhumar por completo dos o tres. Gauckler, que empleó la fotografía como técnica documental, dejó buena constancia de la investigación desarrollada en dos volúmenes que recogen con detalle sus actuaciones (Gauckler 1915). Las labores del *Servicio de Antigüedades* fueron continuadas desde 1906 por A. Merlin (1876-1965) el nuevo director que suplió a Gauckler en el cargo, y por L. Drappier, mientras que se llevaron a cabo más actuaciones en otros sectores de la ciudad a cargo del arquitecto J. Renault.

Siguiendo con los trabajos pioneros no podemos dejar de incluir también a otros arqueólogos como S. Reinach y E. Babelon (desde 1880) que fueron especialmente críticos con los hallazgos de carácter urbano, debido a su escasa monumentalidad y riqueza constructiva (Reinach y Babelon 1886). Estos mismos autores fueron corresponsables, junto con R. Cagnat, de la realización de la primera serie del *Atlas Archéologique de la Tunisie*, emplazando los hallazgos sobre los mapas topográficos 1:50.000 elaborados por ingenieros del ejército francés (Babelon, Cagnat y Reinach 1892). Este *Atlas*, prácticamente una carta arqueológica, supuso un enorme avance para asegurar la protección de los restos.

Junto al desarrollo de la disciplina arqueológica, los años del protectorado conllevaron la creación de los primeros museos arqueológicos, como el mencionado museo Lavigerie, creado por los Pères Blancs, pero sobre todo del que sería el más importante a nivel estatal, germen del actual museo del Bardo. René du Coudray de la Blanchère, director del *Servicio de Antigüedades* (1885-95) y su superior en el *Ministère de l'Instruction publique et des beaux Arts*, Xavier Charmes, fueron los promotores. Fue erigido a partir de un decreto de 1882 que transformaba parte del palacio del *Bey* en museo. Las primeras piezas llegaron en 1885 y la inauguración oficial tuvo lugar en 1888, con la presencia del *Bey* y del go-

bernador general de Francia en Túnez, Justin Massicault. El museo llevaría el nombre de “Museo Alaoui” en honor al *Bey Ali Muddat III*. El primer director, nombrado ya durante las obras en 1886, fue el francés Bertrand Pradère.

Tras la primera Guerra Mundial, que supuso un parón de las investigaciones, las excavaciones se retomaron en el área de los puertos de Cartago. Fueron F. Icard y P. Gielly, funcionarios de correos de profesión, los que comenzaron desde 1922 las labores arqueológicas en la zona del *tofet*, que se conocía por la aparición de estelas desde principios del siglo XIX y sobre todo por el citado descubrimiento de P. de Sainte Marie. Icard y Gielly adquirieron el terreno para evitar los expolios que se iban sucediendo y comenzaron una excavación (Icard 1922) que después retomaron F.W. Kelsey en 1925 y el Père Blanc G. Lapeyre en 1927. El *tofet* ofreció los materiales más antiguos exhumados hasta ese momento en Cartago, concretamente dentro del nivel denominado “Tanit I” fechado entre el 760 y el 600 a.C. (Kelsey 1925; Harden 1937).

Un médico y militar francés, L. Carton, sin apenas formación arqueológica, se sumó al elenco de investigadores en esos mismos años. Carton intentó localizar el emplazamiento

exacto del puerto fenicio (Carton 1910) y después excavó diversas estructuras que interpretó como parte de un santuario púnico (Carton 1929). Muchos de los objetos que obtuvo en las excavaciones que él mismo financiaba, acabaron formando parte de una colección particular que mantenía expuesta como parte de una “peculiar” decoración de la loggia de “Villa Stella”, su mansión colonial, tal y como se observa en algunas fotografías de la época (Fig. 4). En esas fotos se aprecian ánforas haciendo de barros de la balaustrada, fragmentos de esculturas y columnas romanas insertadas en la fachada y en las pilastras, y diversos vasos cerámicos púnicos, romanos y bizantinos repartidos por el jardín.

La década de 1920, la *Belle Époque* de entreguerras, supuso una apertura a la participación de diferentes equipos procedentes de los países aliados. La fuerte inversión realizada por la *Washington Archaeological Society* permitió que, por vez primera, norteamericanos colaborasen con los franceses en las excavaciones de Cartago, que supuso, además, una importante renovación teórica y metodológica, gracias a las aportaciones de Byron Kuhn de Prorok (1896-1954), un explorador y aventurero americano de sólida formación etnográfica (Khun de Prorok 1926).

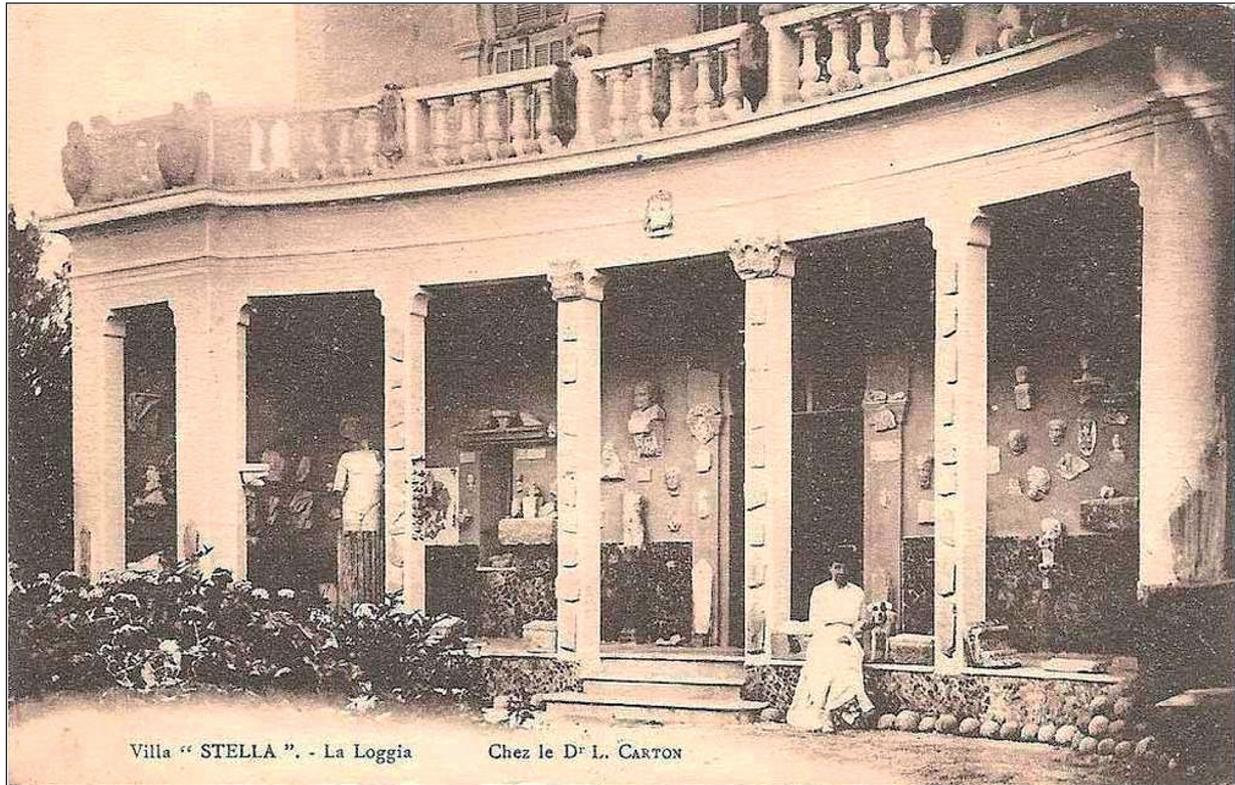


Figura 4. La villa Stella, propiedad de Louis Carton: un museo “colonial” al aire libre.

En paralelo aparecieron otros norteamericanos como el citado Kelsey (1858-1927) veterano profesor de la Universidad de Michigan, que retomó en 1925 las excavaciones en el *tofet* y que llegó a estudiar una seriación de las urnas púnicas de los niveles arcaicos tratando de alcanzar una cronología aceptable (Kelsey 1925). Kelsey dejó a medio terminar este trabajo por su temprano fallecimiento que fue concluido brillantemente por quien fuera su discípulo en Cartago, el irlandés D.B Harden (1901-1994) que los publicó años después (Harden 1937). Los trabajos de Kelsey, tremendamente efectivos y muy críticos con los que hasta el momento se habían realizado en Cartago, (Kelsey era un conocido editor de manuales de Arqueología) no tuvieron lamentablemente continuidad por motivos de su fallecimiento.

### El péndulo interpretativo. Arqueología en el Túnez postcolonial

El año 1934, con la formación del partido Néo-Destour bajo la dirección de Habib Bourguiba, marcó el inicio del proceso de descolonización y la lucha de los tunecinos por la independencia. Solamente tras la II Guerra Mundial Túnez pudo alcanzar el autogobierno, concretamente en 1955. Dos años después obtuvo la independencia pero bajo una particular fórmula monárquica que era vista “con buenos ojos” por Charles De Gaulle, militar y político tremendamente influyente que se convertiría en presidente de la república francesa en 1959. En 1957 los tunecinos consiguieron derrocar

la monarquía impuesta por los franceses y alcanzar la independencia total proclamando la república, con Bourguiba como presidente (Martin 2003, 41). La situación no era en absoluto óptima para plantear nuevas misiones arqueológicas y menos aún con situaciones de inestabilidad política como la que se vivió durante el bloqueo de la marina tunecina a la base militar francesa de Bizerta que obligó a los franceses, en 1963, a abandonar de manera definitiva el país (Lacoste y Lacoste-Dujardin 1991, 74).

Estos acontecimientos políticos fundamentales, presentados aquí necesariamente de una manera muy sucinta, marcaron los designios de la realidad arqueológica de Cartago. El proceso de descolonización y la necesidad de autoafirmación histórica e identitaria de la joven república tunecina, conllevaron una especial mirada a los restos arqueológicos, sobre todo a aquellos que no procedían de la presencia colonial romana, vista al fin y al cabo como europea, es decir, los prehistóricos, los púnicos y los líbico-berberes (Abbasi 2005). Un ejemplo de lo comentado puede ser la propia iconografía elegida para la nueva moneda del país, el dinar, que sustituyó al franco. En los nuevos billetes, la efigie del emperador romano Vespasiano, artífice de la división territorial de África bajo el imperio, se sustituyó por la de Aníbal, el gran héroe nacional, enemigo de Roma y, por ende, de toda Europa (Fig. 5), en un evidente ejercicio simbólico y propagandístico.

Centrémonos, pues, en la segunda mitad del siglo XX, época convulsa de la historia de Túnez y, en consecuencia, de su arqueología. De lo que fue la arqueología de posguerra cabe subrayar el hallazgo, en 1947, de la llamada “Capilla Cintas” llamada así en honor a su descubridor. Ubicada en el área del *tofet*, presentaba una pequeña estructura arquitectónica de mampostería interpretada como depósito fundacional que supuso, en el momento de su publicación, el conjunto de material más antiguo detectado en Cartago, fechado en la primera mitad del siglo VIII a.C. (Cintas 1948 y 1970, 315) lo que fue criticado por otros especialistas que observaron materiales griegos del siglo VII a.C. entre los mismos contextos (Picard y Picard 1958, 37).

Hemos ido viendo cómo hasta el siglo XX se dudaba de la existencia de vestigios púnicos, sobre todo en la misma Cartago, donde todo lo visible parecía de época romana, y así era interpretado según una particular visión colonial, a veces exagerada forzosamente. Incluso las últimas excavaciones realizadas previas a la independencia de Túnez, que sacaron a la luz el llamado “barrio de Aníbal” en la ladera sureste de la colina de *Byrsa*, fue catalogado como parte del entramado urbano de época romana en la publicación posterior por sus excavadores (Ferron y Pinard 1961), con un evidente trasfondo de instrumentalización política. La razón



Figura 5. La iconografía de los billetes del protectorado y la independencia. Arriba, Vespasiano y la arqueología romana; debajo Aníbal y los puertos de Cartago. Obsérvese asimismo el uso del francés y del árabe.

esgrimida era que el área presentaba estructuras homogéneas de tipo helenístico y un aparente plan previo urbanístico para el que se declaraba incapaces a los cartagineses. Estas lecturas generaban el efecto contrario en la nueva generación de arqueólogos e historiadores tunecinos, que aunque de formación francesa en muchos casos, comenzaban a realizar interpretaciones “autoctonistas” que inicialmente solo se atrevían a publicar en árabe.

Años después, las actuaciones dirigidas por S. Lancel y después por J.-P. Morel dataron el área urbana en un momento púnico tardío por los contextos cerámicos inmediatamente anterior a la destrucción del 146 a.C. y esas manzanas de casas alargadas con patios y cisternas como características del urbanismo del último momento de existencia de la ciudad púnica. Este hecho sirvió para caracterizar una fase final “helenizada” de la cultura púnica que entroncaba directamente con una organización política en la que emanaban figuras individuales de tipo helenístico como los Barca. Esta honesta lectura “intermedia”, a medio camino entre las tesis coloniales y las indigenistas, fue la más aceptada internacionalmente y, por lo que nos indican las investigaciones más recientes, seguramente la más acertada.

Junto al referido péndulo interpretativo que confrontaba las lecturas coloniales europeas a las tesis indigenistas afri-

canas tras alcanzar la independencia, los años setenta trajeron la mejor noticia posible para las antigüedades cartaginesas: la inclusión de Cartago dentro de la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO. Para esta institución, Cartago era, por encima de todo, un espacio excepcional que se debía salvar, mezcla de culturas que se sucedieron en el tiempo (fenicio-púnica, romana, paleocristiana y árabe). El área que pasó a ser por decreto ministerial zona protegida (1979) constaba de vestigios de época púnica, romana, vándala, paleocristiana y árabe, casi todos repartidos en un mismo sector urbano. Entre los espacios más importantes se incluyeron la acrópolis de *Byrsa*, donde se creó el Museo Nacional de Cartago (1964) con los materiales del viejo museo Lavigerie (Fig. 6). Este nuevo museo se levantó en los antiguos terrenos del seminario de los Pères Blancs ubicado junto a la basílica de San Luis, otrora símbolo del poder colonial francés. En la basílica se supone que se encontraba la tumba de San Luis de Francia, que pereció allí en 1270 durante la octava cruzada. Tras la independencia se prohibió el culto cristiano en la basílica, en un claro ejercicio de oposición al mensaje colonial, tras una tensa negociación con el Vaticano. Junto a *Byrsa* se incluyeron en el área protegida los puertos púnicos, el tofet, las necrópolis, el teatro romano, el anfiteatro, el circo, las zonas residenciales romanas, las basílicas, las termas de Antonino, las cisternas romanas de la Malga y, lo que era más importante, se delimitaba un espacio de protección arqueológica.

Algunos de los criterios más importantes que se tuvieron en cuenta por los evaluadores de la UNESCO eran que Cartago fue una fundación fenicia y una refundación romana que se convirtió después en capital del reino vándalo y de la provincia bizantina de África. Se valoró el papel de los puertos, que simbolizaban más de 1000 años de intercambios comerciales y transferencias culturales. Cartago, para la UNESCO, era un centro de florecimiento y difusión de diversas culturas mediterráneas, además, también se señaló cómo esta metrópolis había ejercido una influencia considerable en el desarrollo de las artes, la arquitectura y el urbanismo en el Mediterráneo. Asimismo, la notoriedad histórica y literaria de la ciudad siempre había alimentado la imaginación universal.

Pese a la protección del espacio, este ha sido parcialmente alterado por la expansión urbana incontrolada. Cartago ha conservado esencialmente los elementos que caracterizan a la ciudad antigua: la red urbana, espacios de punto de encuentro (foro), de recreación (teatro), de ocio (baños), de adoración (templos), y su zona residencial. Se trata de aspectos muy valorados por la UNESCO. La conservación del sitio garantiza el mantenimiento de las estructuras intactas. Sin embargo, se sigue haciendo frente a una fuerte presión urbana que ha podido ser frenada en su mayor parte, aunque la po-



Figura 6. Arriba, sala del museo Lavigerie, en una postal de época. Debajo, el actual museo de Cartago junto a la basílica de San Luis.

lémica construcción de la mezquita Mâlik ibn Anas en 2003 supuso el arrasamiento de parte del conjunto y un enorme impacto paisajístico de todo el entorno de la ciudad antigua (Fig. 1).

Las restauraciones y el mantenimiento que se realizan siguiendo el protocolo establecido por la UNESCO a través de una serie de planes directores diseñados previamente, que se han ido sucediendo en el tiempo, cumplen las normas internacionales y no han dañado apenas la autenticidad de los monumentos. Desde 1985, el espacio arqueológico protegido ha visto incrementado en gran medida su patrimonio gracias a nuevas intervenciones, y en paralelo, han surgido otras fórmulas de protección de las áreas colindantes, solamente modificadas por la construcción de la citada mezquita, que calmó los anhelos de los más radicales y que se financió con capital saudí. Pese a este hecho, la conservación hoy está garantizada por el Decreto 85 a 1246 de 7 de octubre de 1985 (Fig. 7). El *Institut National du Patrimoine* de Túnez (INP) es el organismo público garante, que se responsabiliza de la protección y la gestión del sitio de Cartago. La gestión está integrada en el plan de desarrollo urbano de la ciudad moderna, que en la actualidad prepara un nuevo plan de protección y puesta en valor, con la realización de nuevas intervenciones, algunas en la zona de los puertos y el tofet, en curso en el momento de la redacción de este texto, bajo la dirección del Dr. Imed Benjebania.

El pasado inmediato de la arqueología de Cartago pasa por las campañas internacionales de recuperación financiadas por la UNESCO desde mayo de 1971 que duraron hasta 1992. La intensificación de las actividades y de las inversiones supusieron el mayor avance en el conocimiento de la ciudad y de todas sus fases, sobre todo de las iniciales, las peor

conocidas hasta ese momento, debido al escaso interés mostrado por los europeos por lo comentado anteriormente (Ennabli 1992). Las nuevas actuaciones trasladaron hasta Cartago a diversos equipos procedentes de países como Dinamarca, Reino Unido, Canadá, Suecia, Holanda, Estados Unidos, Alemania, Italia o Bulgaria que actuaron en distintos espacios, tanto en el entramado urbano como en la necrópolis o en los puertos (Ennabli 1992). Estos trabajos de carácter sistemático, coordinados y autorizados por el INP, han podido redibujar la arquitectura de la primera manifestación urbana (Rakob 1991 y 1999), su paleotopografía (Rakob 2002) e incluso proponer un emplazamiento para las primeras áreas portuarias (Hurst 1994) junto con otras cuestiones relativas a otras fases más recientes del asentamiento, sobre todo para el hábitat de época romana imperial, gracias a la localización de varios tramos del *decumanus maximus*.

Igualmente, bajo los auspicios de la UNESCO se ha venido trabajando desde entonces en la zona de los puertos, en la isla del almirantazgo (Hurst 1994) y en el *tofet*, donde el equipo norteamericano de la *American Schools of Oriental Research* (ASOR,) dirigido por L.E. Stager, ha podido concretar las cronologías y establecer una periodización de su uso distinguiendo varias fases que van desde mediados del siglo VIII a.C. hasta su destrucción por las legiones romanas a mediados del siglo II a.C. (Stager 1992). Pero desde estas actuaciones y las que sobrevivieron después bajo el patronazgo de otras instituciones científicas europeas, el debate principal se ha centrado en la ubicación exacta del primer asentamiento y su cronología.

En 1983, en el marco de una de las campañas de la UNESCO, los alemanes F. Rakob y O. Teschauer dieron de forma fortuita con niveles de ocupación y estructuras habitacionales del asentamiento arcaico en la excavación de una piscina (en la zona conocida como “terreno Ben Ayed” por el nombre del propietario) que pudieron ser fechados en el siglo VIII a.C. Con la publicación de estos resultados se mostraban las primeras trazas de la Cartago arcaica que se podía ubicar en la vertiente oriental de la colina de *Byrsa* (Rakob 2002). Posteriores excavaciones han definido que Cartago, ya en el siglo VII a.C., pudo presentar una estructura urbana bien definida, densamente construida y con una superficie de unas 60 hectáreas (Chelbi *et alii* 2005 y 2006; Docter *et alii* 2007). El asentamiento arcaico, a la luz de los datos extraídos en estas actuaciones, quedaría enmarcado entre la ladera oriental de *Byrsa*, el mar, necrópolis al norte y al suroeste y el *tofet* en el lado sur.

En la zona denominada Bir Massouda que se emplaza junto a la ladera oriental de *Byrsa*, la más recientemente excavada, han sido detectados los enterramientos más antiguos de Cartago. Se trata de unas pequeñas estructuras

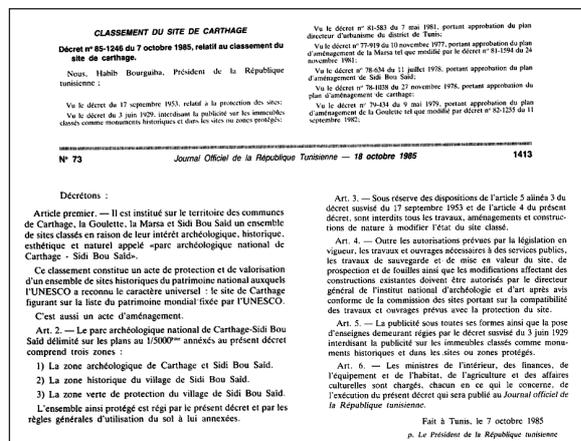


Figura 7. Decreto del 7 de octubre de 1985 sobre la protección de Cartago. Tomado del *Journal Officiel de la République Tunisienne*.

funerarias en pozo con cremaciones en posición secundaria que posteriormente fueron amortizadas y recubiertas de capas de arcilla refractaria para ser empleada en actividades de tipo metalúrgico. Para los excavadores es la necrópolis de los primeros habitantes de Cartago, muy similar a las que se han excavado en Tiro en cuanto a la tipología y al rito y que fueron tempranamente abandonadas para la ubicación de talleres metalúrgicos (Chelbi *et alii*, 2006, 14 ss.) algo que quizás tuvo que ver con el rápido crecimiento demográfico de la ciudad debido a la llegada de nativos que, como hemos visto en la cita de Justino, llegaron “atraídos por la esperanza de ganancia” a la nueva fundación colonial y “su número creciente daba a la colina el aspecto de ciudad”.

### La primavera árabe: presente y futuro de una conviencia necesaria

En lo que concierne al contexto político tras la independencia del país (Fig. 8), cabe señalar que Bourguiba se mantuvo en el poder durante tres décadas hasta 1987, inicialmente bajo un partido único, y desde 1975 como presidente democrático. En cuanto al patrimonio, cabe subrayar que Bourguiba fue uno de los más firmes defensores y promotores del sitio de Cartago. Con posterioridad subió al poder Zine el Abidine Ben Ali, que se ha mantenido al frente de la república tunecina hasta que fue derrocado por el movimiento popular de enero de 2011, que se ha venido llamando “primavera árabe”. Ben Ali fue también un firme defensor del patrimonio arqueológico, como fuente cultural e identitaria, y también como recurso turístico principal para el país. La década de 1990 y 2000 vieron cómo junto al desarrollo de importantes investigaciones arqueológicas,

Cartago se convirtió en un foco de atracción cultural a escala mediterránea, sobre todo gracias a la celebración de los festivales de teatro y música (como el *Festival International de Carthage*, ya auspiciado por Bourguiba). Esta política de socialización y puesta en valor de los recursos arqueológicos, sobre todo del teatro romano y la basílica de San Cipriano, ha ido ligada a la necesidad de presentar Túnez como un país abierto, y a su capital, como una ciudad moderna y laica.

La historia más reciente nos es bien conocida: entre finales del 2010 y principios del 2011 se desarrollaron una serie de protestas y disturbios que obligaron a Ben Ali a convocar elecciones para 2014. Dicho movimiento dio paso a una apertura democrática, con la legalización de la práctica totalidad de los partidos políticos de la oposición. Posteriormente, el 14 de enero de 2011, ante la continuidad de las protestas y el creciente malestar, Ben Ali abandonó el país, huyendo a Arabia Saudí y dejando el poder en manos del primer ministro M. Ghannouchi, quien a su vez fue sustituido al día siguiente por el presidente del parlamento, F. Mebazaa.

El 23 de octubre de 2011 se celebraron elecciones ya legalizados los principales partidos políticos de oposición y habiendo sido ilegalizado el antiguo partido gobernante de Ben Ali. La votación dio lugar a una asamblea muy fragmentada en la que venció el partido islamista moderado *Ennahda*, seguido por los partidos laicos. El 6 de febrero de 2013 fue asesinado C. Belaid, líder laico de izquierdas, en la capital. De ahí que el futuro del país llamado a convertirse en el laboratorio de la democracia en el mundo árabe, y la gran esperanza de occidente, sea toda una incógnita. Los dos principales protagonistas de la violencia islamista son los salafistas y la llamada “Liga para la Protección de Revolución”, que la oposición y muchos medios europeos vinculan con el partido gobernante *Ennahda*. El ataque al Museo Nacional del Bardo del 18 de marzo de 2015 supuso uno de los momentos más difíciles de la historia reciente de Túnez y uno de los principales lastres para el despegue, tras la reciente revolución, de su turismo cultural y arqueológico, que se ha visto seriamente mermado a tenor de las estadísticas oficiales (Fig. 9). En el museo, un total de 19 turistas extranjeros, tres tunecinos y los dos terroristas resultaron muertos. El auto-proclamado *estado islámico* se atribuyó el atentado, que golpeó en el centro neurálgico de la cultura tunecina y de su patrimonio.

Pero Túnez se está reponiendo y continúa firme en el desarrollo de investigaciones arqueológicas en Cartago, recibiendo equipos científicos extranjeros (algunos españoles). Al tiempo, prosigue la necesaria lucha contra el salafismo, que tiene su caldo de cultivo entre los más jóvenes, sobre todo en aquellos que se encuentran en situaciones de margi-



**Figura 8.** Algunos protagonistas de la historia reciente de Túnez. A la izquierda, el Bey Ali III, que daría nombre al primer museo. De Gaulle junto a Moncef Bey y otras autoridades en 1943. Abajo, Ben Ali, depuesto en 2011 y a la derecha, Bourguiba, artífice de la independencia.

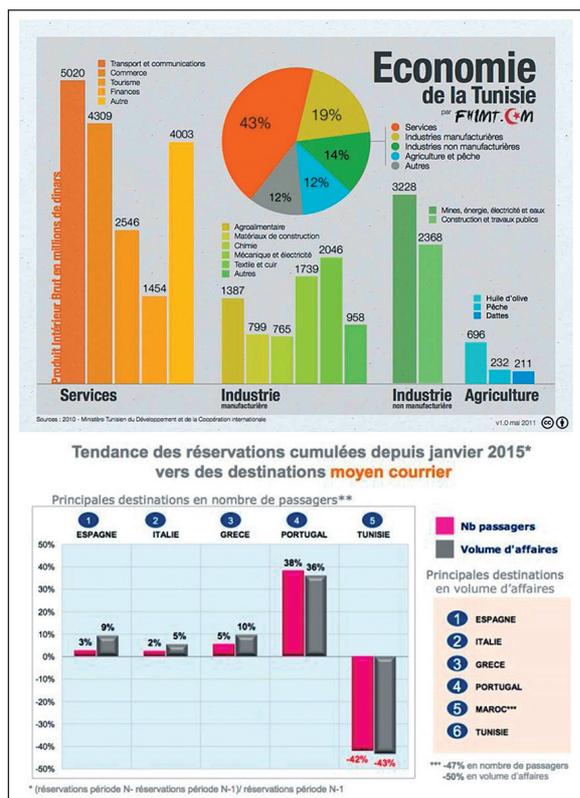


Figura 9. Gráficos que representan la diversificación sectorial en Túnez (arriba) y el decaimiento del turismo en el país en 2015, tras los atentados, junto al crecimiento en otros países de la cuenca mediterránea (Fuente wikipedia commons y Ministerio de Turismo de Túnez).

nalidad extrema, sufriendo unos índices de paro muy exagerados. El patrimonio arqueológico de la ciudad, y de todo el país, han de ser necesariamente una de las piedras angulares sobre las que se deberá apoyar su desarrollo a corto y medio plazo animando la integración social dentro de un proceso dinámico y multifactorial. La ejecución de proyectos internacionales, como los de los programas ENPI o del Horizonte 2020 de la Comisión Europea, deberán tener Túnez y Cartago, por ende, como uno de sus destinos prioritarios, y no sólo por el valor patrimonial, sino por la capacidad de integrar culturas, de relacionar a personas y de unir ambas orillas del Mediterráneo bajo el pretexto de unos fuertes lazos históricos y un pasado común. Estos programas pueden transformarse en una oportunidad para los grupos sociales desfavorecidos, jóvenes y mujeres principalmente, que gracias al patrimonio arqueológico y a los recursos derivados de su puesta en valor (industria turística, hostelera, artesano, pequeño comercio, etc.) pueden participar del nivel mínimo de bienestar y alcanzar un futuro digno alejado de la violencia y del odio.

## Bibliografía

- ABBASI, D., *Entre Bourguiba et Hannibal: identité tunisienne et histoire depuis l'indépendance*, Aix en Provence, 2005.
- BABELON, E. *Carthage*. París, 1896.
- BABELON, E.; CAGNAT, R. Y REINACH, S., *Atlas Archéologique de la Tunisie*. 1<sup>er</sup> Série, París, 1892.
- BENICHOUSAFAR, H., *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*. París, 1982.
- BENICHOUSAFAR, H., *Le tophet de Salambo à Carthage. Essai de reconstitution*, París, 2004.
- BERCHET J.C. (dir.), *Le Voyage en Orient de Chateaubriand*, Houille, Éditions Manucius, 2006
- BESCHAOUCH, A., *La légende de Carthage*, París, 1993.
- BEULÉ, C.E., *Fouilles à Carthage*, París, 1861.
- CARTON, L., "Note sur la topographie des ports de Carthage", *CRAI*, París, 1910.
- CARTON, L., *Sanctuaire punique découvert à Carthage*. París, 1929.
- CHATEAUBRIAND, F. R. DE, 2005 : *Itinéraire de Paris à Jérusalem*, París, [1811] Gallimard.
- CHELBI, F.; MARAOUI TELMINI, B. Y DOCTER, R., "Bilan des Fouilles du terrain de Bir Massouda (Carthage): Campagnes 2002 à 2004". *Africa*, nouvelle série III, Túnez, 2005, pp. 207-225.
- CHELBI, F.; MARAOUI TELMINI, B. Y DOCTER, R., "Découverte d'une nécropole du VIII<sup>e</sup> siècle av. J.-C. à Carthage: Bir Massouda. Rapport préliminaire sur les fouilles de l'Institut National du Patrimoine (Tunis) et l'Université de Gand". *CEDAC Carthage*, 22, Túnez, 2006, pp.13-25.
- CINTAS, P., "Un sanctuaire précarthaginois sur la grève de Salammbô", *Revue Tunisienne*, París, 1948.
- CINTAS, P., *Céramique Punique*, París, 1950.
- CINTAS, P., *Manuel d'Archeologie Punique I*. París, 1970.
- CINTAS, P., *Manuel d'Archeologie Punique II*. París, 1976.
- DAGUERRE, DE HUREAUX, A., "Salammbô: entre l'Orient des romantiques et l'orientalisme de fin de siècle?", *Carthage. L'histoire, sa trace et son echo*, París, 1995, pp. 128-137.
- DAVIS, N. *Carthage and her remains*. Londres, 1861.
- DELATTRE, A.L., *Les tombeaux puniques de Carthage*, Lyon, 1890.
- DELATTRE, A.L., *La nécropole punique de Douimès*, París, 1895.
- DELATTRE, A.L., *La nécropole des Rabs, prêtres et prêtresses de Carthage*, París, 1905.

- DELATTRE, A.L., *Un pélerinage aux ruines de Carthage et au Musée Lavigerie*, Lyon, 1906.
- DOCTER, R., "The Topography of Archaic Carthage. Preliminary results of recent excavations and some prospects", *Talanta* XXXIV-XXXV, 2002-2003, pp. 113-133.
- DOCTER, R.; NIEMEYER, H.G.; NIJBOER, A.J. Y VAN DER PLICHT, J., "Radiocarbon dates of animal bones in the earliest levels of Carthage". *Mediterranea*, I, 2004, pp. 557-577.
- DOCTER, R.; CHELBI, F.; MARAOUI TELMINI, B.; NIEMEYER, H.G. Y DE WULF, A., "Punic Carthage: Two decades of archaeological investigations" en López Castro, J.L. (ed.). *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Almería, 2007, pp. 85-104.
- DOCTER, R.; CHELBI, F.; MARAOUI TELMINI, B. *et al.*, "New Radiocarbon dates from Carthage: Bridging the Gap Between History and Archaeology?" en Sagona, C. (ed.) *Beyond the Homeland. Markers in Phoenician Chronology. Ancient Near Eastern Studies*, Suppl. 28, París, 2008, pp. 379-422.
- ENNABLI, A. (dir.), *Pour sauver Carthage, Exploration et conservation de la cité punique, romaine et byzantine*, París, 1992.
- ENNABLI, A., "Le Musée de Carthage. Un lieu de mémoire", *Museum International*, n°198, 1998, pp. 23-32.
- FALBE, C.T., *Recherches sur l'emplacement d Carthage*, París, 1833.
- FERRON, J. Y PINARD, M., "Les fouilles de Byrsa". *Cahiers de Byrsa*, IX, Túnez, 1961, pp. 77-170.
- FLAUBERT, G., *Correspondance, 1830-1875*, 4 Vols. París, 1973-1998
- FUMADÓ ORTEGA, I., "Cartago: usos del suelo en la ciudad fenicia y púnica", *Archivo Español de Arqueología*, 83, Madrid, 2010, pp. 9-26
- GAUCKLER, P. *Nécropoles puniques de Carthage*, II vols, París, 1915.
- HARDEN, D.B., *The pottery from the precinct of Tanit at Salammo, Carthage, Iraq*, 4, 1937, pp. 59-89.
- HURST, H. (dir.), *Excavations at Carthage, the British Mission*, II-1, Oxford, 1994.
- ICARD, F., "Découverte d'un sanctuaire de Tanit à Carthage". *Revue Tunisienne*, Túnez, 1922, pp.152-154.
- KHUN DE PROROK, B., *Digging lost African Gods*, Nueva York, 1926.
- LACOSTE, Y. Y LACOSTE-DUJARDIN, C., *L'état du Maghreb*, París, 1991
- LANCEL, S., *Cartago*, Barcelona, 1994.
- LAVIGERIE, C.M. (1881): "Projet de créer une mission archéologique permanente à Carthage", CRAI IX, 4 série, París.
- MARTIN, J.-F., *Histoire de la Tunisie contemporaine. De Ferry à Bourguiba, 1881-1956*, París, 2003, pp. 41-43
- MERLIN, A. Y DRAPPIER, L., *La Nécropole punique d'Ard el-Kheraïb*. París, 1909.
- MERLIN, A., *Fouilles de tombeaux puniques à Carthage, BCTH*, París, 1918, pp. 288-334.
- MOREL, J.-P., *Vie et mort dans la Carthage Punique d'après les fouilles de Byrsa (VI<sup>e</sup>-I<sup>er</sup> Siècles av.J.C.)*, Túnez, 2000.
- NIEMEYER, H.G., "Mythos und Geschichte, Orient und Okzident" *Hannibal ad portas. Macht und Reichtum Karthagos*, Karlsruhe/Stuttgart, 2004, pp. 38-43.
- PICARD, G. CH. Y PICARD, C. *La vie quotidienne à Carthage*, París, 1958.
- PRADOS, F. "La Arqueología Púnica. El descubrimiento de una cultura y el nacimiento de una disciplina científica". *Arqueología Peninsular. História, Teoría e Prática. Actas do 3º Congresso de Arqueología Peninsular*, Vol. 1. Oporto, 2000, pp. 301-310.
- PRADOS, F. "La fundación de Cartago. El origen de la gran potencia mediterránea", *National Geographic Historia*, Julio 2015, pp. 40-49.
- RAKOB, F., "Cartago. La topografía de la ciudad púnica. Nuevas investigaciones", en Vegas, M. (ed.): *Cartago fenicio-púnica. Las excavaciones alemanas en Cartago (1975-1997). Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 4, Barcelona, 2002, pp. 14-46.
- RAKOB, F., *Die deutschen Ausgrabungen in Karthago I*, Maguncia, 1991.
- RAKOB, F., *Die deutschen Ausgrabungen in Karthago III*, Maguncia, 1999.
- REINACH, S. Y BABELON, E., *Recherches archéologiques en Tunisie (1883-1884). Bulletin Archéologique, CTHS*, París, 1886, pp. 3-78.
- STAGER, L.E., "Le tophet et le port commercial" en Ennabli, A (dir.) *Pour sauver Carthage. Exploration et conservation de la cité punique, romaine et byzantine*, París, 1992, pp. 73-78
- VIRGILIO, *Eneida*, Traducción Eugenio de Ochoa, Editorial Edaf, Madrid, 2001.
- VILLE, G. *Dictionnaire de l'Archéologie Larousse*, París, 1968.
- VITTORINI, V. 2011: "Le port de Carthage dans l'Itinéraire de Chateaubriand et dans le *Ragguaglio* de Caronni", *Loxias* 34, <http://revel.unice.fr/loxias/index.html?id=6859>.